

Carlo Batà

EL ÁFRICA  
DE THOMAS SANKARA



TÍTULO ORIGINAL  
*L'Africa di Thomas Sankara*  
Edizioni Achab, Verona 2003

TRADUCCIÓN  
Roberta Gozzi

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Enero de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Carlo Batà  
© DE LA TRADUCCIÓN: Roberta Gozzi

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
San Isidro 35-1A  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Monti

IMPRESIÓN  
RGM  
Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.  
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN  
978-84-8136-608-2

DEPÓSITO LEGAL  
BI. 159-2011

txalaparta 

## PRÓLOGO

### Thomas Sankara en su contexto

Giovanni Giacomuzzi

*«No se puede liberar a un esclavo,  
que no es consciente de serlo».*

THOMAS SANKARA

ÁFRICA ES LA METÁFORA DE NUESTRO TIEMPO. Cuna de la humanidad, de allí venimos todas y todos. Ha sido menospreciada, explotada y olvidada desde que la idea del dominio del mundo fue ley sagrada de la cultura occidental. En lógica de expansión mercantilista, cuando el capitalismo en su génesis comenzó a extender su mirada más allá de Europa para aterrizar y aplastar América a través de la «conquista», entonces se pusieron las bases para organizar la política de la dominación. Los pueblos africanos, a la par que los de América, fueron integrados por la fuerza en esa concepción política: para servir al amo. Así, las élites europeas colocaron a cada cual «en su lugar». Esos modelos de producción, ajenos a las culturas nativas de América, hicieron estragos entre la población. Y, tras el fracaso, las miradas se dirigieron a África para conseguir mano de obra «fuerte» para soportar el peso de ese modelo de producción.

Después de haber exterminado en América a casi el 80% de la población en poco menos de un siglo, hacia 1600, comenzó a construirse la más grande e infame operación de traslado forzoso que la humanidad haya conocido jamás. Millones de africanas y africanos fueron arrastrados a través del Atlántico para servir de mano de obra esclava. Esa «operación econó-

mica» conllevó la destrucción masiva de seres humanos, de comunidades, de la misma economía africana y supuso la creación de una cultura y de unos estereotipos jerárquicos, «el negro incivilizado, salvaje, ignorante», parte del consciente y subconsciente cultural occidental, afectando también a una cierta cultura africana sumisa.

Ese genocidio económico y humano fomentó de manera importante la acumulación primaria del capitalismo, que ha llegado a nuestros días. Un pequeño ejemplo: la multinacional financiera americana Lehman Brothers, que ha sido uno de las primeras empresas en derrumbarse con la crisis financiera mundial, fue fundada en 1853 por tres hermanos alemanes, los Lehman, inmigrados desde Alemania a Estados Unidos «sin un duro en el bolsillo» y que en poco tiempo hicieron fortuna con el algodón producido por los esclavos de Alabama. Esto es el ejemplo clásico del sueño americano que ha contaminado el modelo de desarrollo occidental. Un sueño americano que ha sido la pesadilla para millones de africanos.

África ha padecido la visión egocéntrica occidental del mundo. La colonización del continente por parte de las potencias europeas ha determinado el devenir de las vidas de sus millones de habitantes en la creación de «estados» que no tenían nada a que ver con las culturas y los pueblos existentes. La riqueza cultural y étnica africana, su manera de vivir y concebir el mundo, y la naturaleza, han sido arrasadas por una lógica geopolítica y económica funcional al capitalismo mundial. Esta occidentalización ha favorecido el nacimiento de una clase dirigente africana que ha sido caracterizada, en su abrumadora mayoría, por una cultura sucursalista, espejo de un modelo cultural ajeno a la historia y tradición africana y su posible desarrollo. Una clase dirigente que tiene sus raíces en las clases que apoyaron en los siglos pasados a Europa en la práctica de la infamia de la deportación esclavista. Una clase dirigente que fue expresión del neocolonialismo y que tuvo

como principal compromiso el dirigir los estados en función de los intereses de las potencias extranjeras.

Las independencias de los años cincuenta nacieron con el sello de las potencias coloniales que dejaban todo «atado y bien atado». Las esperanzadoras luchas de liberación nacional fueron viciadas por una arquitectura estatal ficticia, extraña a la idiosincrasia del continente, abriendo la puerta a nuevos conflictos entre pueblos africanos. Hubo tentativas para desmarcarse de ese destino escrito en los consejos de administración de las multinacionales y los gobiernos de París, Londres, Bruselas, Washington, Moscú o Beijing. Patrice Lumumba, Amílcar Cabral... fueron algunos de los líderes que intentaron poner las bases para una construcción social y económica africana destinada a la mayoría social. Fueron asesinados en cuanto comenzaron a trabajar su proyecto.

Durante la Guerra Fría, y bajo un expolio constante, los países africanos fueron una pieza en una partida de ajedrez. Regímenes dictatoriales y sangrientos como los de Mobutu en Zaire, Bokassa en Centroáfrica, Idi Amin en Uganda o los regímenes racistas del apartheid en Sudáfrica y Rodhesia, además de expropiar los recursos económicos y humanos de sus respectivos países, funcionaron como un dique contra «la expansión soviética en el continente». La inexistencia de derechos humanos y la corrupción como forma de gobierno en estos países no supusieron problema alguno para las potencias occidentales, que se autocalificaban como «cuna de los derechos humanos», sino más bien un elemento consustancial al diseño político. El apoyo soviético a países como Angola y Mozambique, donde movimientos revolucionarios habían triunfado en la lucha de liberación colonial, o como Somalia, trasladaba un modelo social que chocaba con una situación de conflicto permanente, debido a la agresión paramilitar financiada por las potencias occidentales y el régimen del apartheid sudafricano, y la realidad social y económica de estos países. El espejismo de un modelo económico y social, elaborado para transformar sociedades

en capitalismo desarrollado, chocaba con unas sociedades basadas fundamentalmente en la agricultura y con sectores industriales muy débiles o inexistentes.

La caída del Muro de Berlín, sin la excusa de Occidente para apoyar a los regímenes más odiosos, no supuso, sin embargo, un cambio en la situación política. Al contrario, Occidente y los nuevos actores internacionales, Rusia y China, se despojaron de la máscara ideológica y los conflictos violentos aumentaron de manera exponencial. Con el fin de la Guerra Fría surgieron conflictos civiles como los de Mozambique o Angola, o los que enfrentaron a Eritrea y Etiopía. Las soluciones fueron más o menos satisfactorias. También el régimen del apartheid tocó a su fin, pero se abrieron otros conflictos, más cruentos en ocasiones, provocados por el control de los recursos económicos. La tragedia de Ruanda, la de Somalia, la de Sudán, la continuación del conflicto en Angola, la extensión del de Liberia a otros países, el nuevo enfrentamiento entre Etiopía y Eritrea, la guerra mundial africana para el control de las riquezas de la República Democrática del Congo, las guerras civiles de Chad, de Centroáfrica y de Congo, la inestabilidad de Costa de Marfil, entre otras<sup>1</sup> confirman que África ha sido, desde el final del siglo pasado, el campo de batalla, real no metafórico, entre los poderes económicos mundiales.

África revela también cómo el concepto importado de democracia no resuelve los problemas, más bien los empeora. Basta con mirar a los países que han adoptado el multipartidismo impuesto por Occidente como elemento fundamental del «proceso de democratización del continente» que han aumentado su conflictividad, gasto militar y corrupción política. El mundo virtual impuesto lleva su trágica realidad directamente a la cotidianeidad, cambiando la forma de vida en pro de un sueño-mentira que esconde intereses económicos ajenos. Es el

---

1.- Sciortino, A.: *L'Africa in guerra, i conflitti africani e la globalizzazione*, Baldini Castoli, Dalai Editore, Milano, 2008.

caso, por ejemplo, de la matanza provocada por la publicidad engañosa de la leche en polvo (4.000 niños mueren al día, la mayoría de ellos en África, según un informe de UNICEF de 2004). Al respecto, desde hace años las principales multinacionales de la alimentación son acusadas de esas muertes, pero la denuncia no moviliza tribunales internacionales de justicia. La lista es interminable: desechos tóxicos, SIDA, tráfico de armas... temas que no remueven conciencias occidentales, hipócritamente sensibilizadas solo con alguna foto de un niño africano con la barriga hinchada por el hambre o por algún concierto «filantrópico» del listo de turno, como es el caso del cantante de U2, Bono.

Contra todo ese panorama aterrador se rebeló Thomas Sankara. Durante cuatro años, desde 1983 hasta 1987, fue presidente de Burkina Faso, uno de los países más pobres del mundo. Y lo hizo desde una humanidad sin precedentes. Fue un militar que repudiaba la guerra, un hombre que consideraba la liberación integral de la mujer como paso ineludible para cualquier revolución. Sin liberación de la mujer, sin el cambio de la relación de dominación ejercitada por el hombre no habrá revolución: «Para ganar una lucha que es común a la mujer y al hombre hay que conocer todos los detalles de la cuestión femenina, tanto a nivel nacional como universal, y entender que la lucha de la mujer burkinabé se junta a la lucha universal de todas las mujeres, y, más en general, a aquella por la rehabilitación total de nuestro continente»<sup>2</sup>. Para Sankara, la situación social e histórica de la mujer era un tema central en su visión política. En 1986 envió un fax al Congreso Mundial de Prostitutas, afirmando que se haría cargo «de llevar vuestras resoluciones a cualquier foro internacional», subrayando que «es únicamente con la lucha como podéis arrancar vuestro derecho de substraeros a los métodos policiales y persecutorios que

---

2.- Discurso del 8 marzo 1987 con ocasión del Día Internacional de la Mujer en Ouagadougou, en *Thomas Sankara, i discorsi e le idee*, Edizioni Sankara, Roma, 2003.

quieran marginaros, para organizar y proteger lo que las sociedades injustas quieren presentar como vuestro trabajo»<sup>3</sup>.

La idea que «todos debemos dar algo cada día, para que, un día, alguien no lo deba dar todo», la aplicaba a sí mismo con una vida austera. Desde su llegada al poder en 1983, trabajó para que los derechos humanos fueran no solo un derecho individual, sino más bien «una obligación del ser humano para y con los seres humanos». Sankara actuó coherentemente «como presidente de un país pobre». Luchando contra la corrupción y el enriquecimiento de la clase dirigente, imponiendo una moralización en el funcionariado que, hasta entonces, había absorbido gran parte de los recursos económicos del Estado. Desde un país pequeño como Burkina Faso, nombre que él apoyó y que significa «países de los hombres íntegros», alzó su voz para darla a los desposeídos africanos y del mundo.

Su intervención en las Naciones Unidas, o en cualquier pueblo de Burkina Faso, tenía la fuerza de la palabra que se sustenta en la acción diaria. Defendía la lucha de los pueblos para su liberación, fuera en Sudáfrica aplastada por el régimen del apartheid, fuera en Centroamérica pisoteada por los escuadrones de la muerte dirigidos y financiados por Estados Unidos. También llegó hasta Afganistán, criticando la invasión soviética. Su profundidad política entendía que el colonialismo no había muerto, estaba vivo en la clase política africana corrupta al servicio de la metrópoli occidental. La idea de «descolonizar nuestro pensamiento» significaba dar valor a la creación de cada país y a la colaboración entre culturas, en una relación de igualdad. Los mecanismos de supervivencia de la economía capitalista, que estrangulan las economías africanas a través de la deuda exterior y las políticas de ajuste estructural del FMI y la Banca Mundial, eran considerados como una lacra que había que combatir. Para hacerlo, Sankara denunciaba las ayudas

---

3.- Ibid.



«que sirven únicamente para mantenernos atados y destruir nuestras economías».

Sankara abogaba por una unidad africana basada en el mutuo respeto. La autosuficiencia alimentaria era un objetivo prioritario de su gobierno revolucionario, y para ello era necesaria una política global.

Fue pionero en muchas cosas. Era un ecologista *ante litteram* porque consideraba la naturaleza como eje de la vida humana. Así, entre otras, implementó un proyecto para frenar la desertificación del país. Adoptó una serie de medidas muy estrictas para la tala de los árboles, que eran la fuente principal de energía para los burkinabé. Construyó pozos para el agua en cada pueblo, un bien raro en el país. Proponía consumir productos del país, rechazando los modelos modernistas de los occidentales, que lo único que provocaban era dependencia y empobrecimiento: «Quedaros con vuestras manzanas que nosotros nos comemos nuestros mangos». Promocionó la producción textil burkinabé, como el tejido *faso dan fani* que los representantes gubernamentales debían llevar en manifestaciones públicas ya fuera en el país, ya en el exterior. Abogaba por desarrollar la cultura africana que tenía una riqueza propia.

El festival del cine de Ouagadougou llegó a tener un prestigio internacional. Hasta el pueblo más pequeño debía tener una sala de cine, así como desarrollar una cultura deportiva. Tom Sank (apodo popular de Thomas Sankara) soñaba con hacer feliz a su pueblo. La meta de la felicidad fue una constante en su discurso. La humanidad que transmitía, hablase de transporte o del PIB, lo hacía convertirse en el protagonista del sentido profundo de la política: instrumento del ser humano para construir un mundo justo para todos.

Sankara fue repudiado por los líderes occidentales y por muchos gobernantes africanos corruptos y enriquecidos a costa de sus pueblos, que encontraban en la actuación del presidente burkinabé una constante conciencia crítica. La grande-

za de Sankara fue también la de rechazar el transformarse en un mito viviente, oponiéndose al culto a la personalidad. En cierta ocasión, durante una manifestación, la gente gritó eslóganes a favor de Sankara y él interrumpió el homenaje para afirmar que no era correcto: «yo, Sankara, estoy de paso, lo que debe quedar es el pueblo».

Sabía que tenía muchos enemigos, también entre sus «amigos», y que su vida no se prolongaría por mucho tiempo. De hecho, su compañero de lucha, Blaise Compaoré, fue el inspirador de su asesinato, el 15 de octubre de 1987. Compaoré es el actual presidente de Burkina Faso. La muerte de Sankara fue un crimen contra la esperanza para África. Aunque su obra no ha encontrado el lugar adecuado entre los mitos revolucionarios del siglo pasado, o quizás sobre todo por eso, el legado que nos ha dejado continúa como la demostración de que es posible una transformación radical de nuestro modo de vivir y pensar el mundo. También en la necesidad de que la política no debe de ser una profesión remunerada como instrumento del poder económico, sino una vocación de servicio al pueblo, de aquel pueblo que se siente parte de una humanidad plural, en la capacidad de comprender que la justicia o lo es para todos o no lo es. Como escribió Mikel Laboa «mientras haya quien pase hambre, no nos saciaremos. Unidos todos los pueblos tendremos nuestro futuro».

A Tom Sank no le hubiera gustado ser recordado con nombres en plazas o calles, o como icono de la revolución africana. Se sentiría más a gusto sabiendo que la vocación y la aportación que le costó la vida siguen viviendo en el trabajo diario de hormiga de comunidades constituidas de mujeres y hombres que luchan diariamente por la solidaridad y la justicia. En África y en todo el mundo.

Eskerrik asko, gracias, Thomas Sankara.

# El África de Thomas Sankara

## Las ideas no se pueden matar

*A los tres mil seres humanos que  
cada hora pierden la vida,  
abatidos por un arma temible  
llamada hambre.*

## Deberías saber quién es Sankara

Marinella Correggia

«NO LE HAGAS CASO, HA TENIDO LA MALARIA CEREBRAL y se ha quedado un poco loca». Los chavales con los que estaba hablando de Thomas Sankara en la plaza de la estación de Bobo-Dioulasso se reían de las palabras pronunciadas en idioma moré por aquella mujer despeinada que se había acercado a mí y me miraba. Era febrero de 1994. El presidente de Burkina Faso había muerto hacía más de seis años.

«Sí, ¿pero qué ha dicho?», insistí yo, desconocedor de las lenguas africanas.

«Nos ha oído pronunciar el nombre de Sankara y quería decirte que no es verdad que esté muerto; que se ha escondido en algún lugar y pronto volverá». Estaba claro, en su mente, que estaba en otro sitio, ella seguía creyendo, después de tanto tiempo, lo que muchos burkineses –y no solo ellos– habían esperado durante algunos meses después del 15 de octubre de 1987. En realidad, el cuerpo de Sankara no había sido encontrado nunca, los autores del golpe de estado lo hicieron desaparecer para luego declarar la muerte y mostrar un cúmulo de tierra recién excavada, una fosa común para él y los otros doce muertos asesinados en el polvo caliente de Ouagadougou.

Si Sankara no hubiese sido defenestrado y asesinado, si hubiese estado aquí, en los años noventa y ahora, si la revolu-

ción que ahora cumpliría veinte años hubiese durado más de los cuatro años que duró, ¿qué habría sido de África? ¿Y del resto del mundo? Me lo he preguntado muchas veces: «¿Qué habría hecho Sankara frente a este problema o aquel otro?». Y me figuro que frente a crisis internacionales donde otros jefes de Estado se mostraban ineptos o sumisos, Sankara habría actuado, habría reanimado el Movimiento de los no Alineados. Seguramente habría ido en persona a los lugares conflictivos a parar las bombas y habría arrastrado consigo alguna que otra institución. Habría continuado su batalla por la cancelación de la deuda externa y en contra del Fondo Monetario Internacional. Habría seguido dando prioridad a los campesinos, a los olvidados. Habría seguido reverdeciendo el desierto. Habría atraído a más jóvenes africanos a la revolución y los corruptos líderes del continente habrían tenido las horas contadas frente a la revuelta popular.

En un libro del que no recuerdo ni título ni autor, hace tiempo leí lo siguiente: «Deberías saber quien es Sankara». Se refería al gurú hindú del pasado, pero la coincidencia me hizo pensar: es verdad, todos tendrían que saber quién fue Sankara, el presidente de Burkina Faso. Que esta biografía contribuya a difundir la memoria de un hombre y de una revolución probablemente únicos, que durante cuatro años (1983-1987) fue abrazada por uno de los países más pobres y periféricos del mundo, levantando esperanzas en muchos africanos y otros lugares. Si Sankara todavía estuviese entre nosotros sería una referencia para gran parte del movimiento antiglobalización y de la sociedad civil que ahora se moviliza y no sabe nada de él, que se había adelantado veinte años. Pero quizá llegar demasiado pronto es como llegar demasiado tarde, la semilla no germina.

En realidad, aquel presidente africano, se anticipó a su tiempo cuando en los años ochenta, durante una Asamblea de la ONU, como si lo hiciera en el pueblo más pequeño de su país, propuso e intentó concretar lo que el movimiento antigloba-

lización e incluso algunos países extranjeros intentan hacer en estos años. Por su humanidad (excepcional en un político), por la coherencia de su más que humilde estilo de vida (rarísima incluso entre los revolucionarios), por sus decisiones que ahora definiríamos rojas y verdes (con experimentaciones concretas), Sankara tendría que encontrar un lugar privilegiado en la memoria. Habría que dedicarle calles, plazas, proyectos alternativos, cooperativas, películas, biografías... En algún sitio lo han hecho: en Italia, existen algunas asociaciones con su nombre, una editorial y, quizás pronto, una fundación. Pero de Sankara y de su revolución habría que extraer, sobre todo, inspiración, fuerza y pureza. Es necesario. No hacen falta dedicatorias, sino inspiración.

Sankara fue asesinado a los 37 años a manos de un comando militar, mientras iba vestido con un chándal, ya que el jueves era el día del deporte de masa. En Alto Volta (que la revolución había rebautizado como Burkina Faso, es decir, «Tierra de hombres dignos»), tocaba así a su fin, después de solo cuatro años, la revolución de la dignidad. Un intento de desarrollo autónomo, igualitario y participativo que había llevado a los campesinos, las mujeres e incluso a los árboles del paupérrimo país saheliano a «buscar la felicidad», cambiando de nombre, actitudes, estructuras... para «atreverse a inventar el porvenir» hasta en la más alejada de las aldeas, pero con la ambición de hablar al mundo, en cuyo escenario Burkina Faso irrumpió repentinamente.

De esta revolución Thomas Sankara fue el héroe sincero y honesto, visionario y pragmático al mismo tiempo. En este país «concentrado de todas las desgracias del mundo» (como dijo en un famoso discurso a la Asamblea de la ONU) llegó al poder gracias a una alianza entre exponentes de la revuelta popular contra los gobiernos corruptos y a un grupo de jóvenes militares coordinados por él. Sankara, esta «perla», ¡era un militar! La academia militar representaba la única posibilidad de estudiar gratis para un joven tan pobre y sin enchufes. Por otro

lado, el uniforme fue para él simplemente una forma de hacer política y, durante los años de la revolución, los soldados burkineses trabajaron en los campos, construyeron casas o plantaron árboles.

Thomas Sankara fue definido de muchas maneras. Fue «el presidente de los campesinos» por haber querido dar prioridad y poder a los productores de «subsistencia», ese 90% de campesinos indigentes, olvidados por la historia, arruinados por las tradiciones feudales y los residuos del colonialismo, la inclemencia del clima y los privilegios de una ciudad voraz. Fue el «presidente rebelde», por las propuestas a favor del desarme mundial y de la independencia político-económica del Tercer Mundo respecto al imperialismo y al capitalismo, devoradores de recursos. Fue «el presidente más pobre del mundo», por la puesta en práctica de un principio de no privilegio (decía: «No podemos ser los dirigentes ricos de un país pobre»), así que cuando tuvo que declarar públicamente sus pertenencias, como todos los dirigentes del país, la lista fue breve: unos libros, una motocicleta y una pequeña casa de la que tenía que seguir pagando el crédito. Fue «incorruptible», por la firme lucha contra los abusos y robos que desde siempre habían caracterizado a las administraciones y las burocracias del país. Fue «feminista», por la atención especial hacia las mujeres, pilares de vida, relegadas al último puesto. Fue «ecologista», porque soñaba con un desarrollo diferente y porque en este sentido guió a la Revolución burkinesa.

En 1983 la revolución arrancaba de una materia prima, el Alto Volta, verdaderamente desesperante. ¿Qué hacer? Los objetivos del gobierno revolucionario eran simples pero imposibles: búsqueda del bienestar para todos con un desarrollo autónomo basado en las necesidades primarias («contar con las propias fuerzas»); democracia directa que otorgaba las decisiones a las organizaciones de masa, que hubo que crear (mujeres, campesinos, estudiantes, trabajadores) en lugar de los pequeños partidos de matriz urbana elitista; autosuficiencia alimenticia y

economía popular basada en los recursos endógenos para abastecer de agua y comida a todos durante todos los días («diez litros de agua y dos comidas diarias para todos los burkineses») y también salud, instrucción y vivienda; giro total en las relaciones de la ciudad con el campo; liberación de la mujer de los muchos yugos («si perdemos la lucha por la liberación de la mujer habremos perdido el derecho a una transformación positiva de la sociedad»); independencia cultural y lucha contra los privilegios de las élites consumistas, especialmente impactantes en África.

El «Plan de Economía Popular» intentó sanear la agricultura y mejorar las infraestructuras productivas y sociales en las zonas rurales, con el fin de aumentar las cosechas y el bienestar de los campesinos y la calidad de vida del campo. La política del agua en el área de Burkina Faso significaba vida, por eso se comenzaron miles de obras para la construcción, llevada a cabo por los mismos habitantes, de pequeños diques, acueductos, pozos, embalses. El gobierno emprendió con decisión «las tres luchas» para frenar el desierto, entre ellas la prohibición del corte abusivo de leña para quemar y la experimentación de formas simples de energías alternativas. En el campo se incentivó la explotación de los recursos locales. Se iniciaron programas de reforestación masiva en todas las aldeas. Tanto el aumento de los precios de los productos agrícolas como la abolición de los privilegios de los jefes tradicionales (algo que provocó bastante descontento) animó a los campesinos en sus esfuerzos a favor del cambio.

El campo, con relativas prohibiciones de importación, intentaba responder a la extremada escasez de divisa extranjera y a la necesidad de dar prioridad a la agricultura local. Rehabilitar y, en la medida de lo posible, extender hacia el campo las industrias fue una de las «fatigas de Sísifo» del gobierno revolucionario. Una de las operaciones típicas de Burkina Faso en aquellos años, que recuerda la batalla del *khadi* llevada a cabo por Gandhi, fue el *faso dan fani*, el vestido de algodón local



tejido artesanalmente que el presidente, los ministros y los funcionarios debían llevar puesto para dar buen ejemplo (la elaboración manual aseguraba la creación puestos de trabajo). Otro desafío fue la «batalla del ferrocarril», construcción en economía y autonomía –con grupos de trabajo voluntarios en los que participaban los mismo miembros del gobierno– de cien kilómetros de vías ferroviarias para llegar desde Ouagadougou a las regiones del norte y a las minas de manganeso; el Banco Mundial había rechazado las subvenciones porque prefería una autovía.

Todos los ciudadanos tenían que trabajar, por lo menos durante tres semanas al año, en las obras populares para la construcción del país. Nobleza y concentración del trabajo manual. En solo cuatro años se alcanzó el objetivo de dos comidas y diez litros de agua diarios para todos los ciudadanos. La infraestructura socio-sanitaria mejoró notablemente; aumentó la escolarización; la situación de la mujer registró cambios significativos; el esfuerzo contra la desertificación conoció logros fatigosos; escuelas, ambulatorios, acueductos, viviendas populares rodeadas de árboles en lugar de barrios de mala fama, miles de campos de deporte y salas de cine en las aldeas, transporte público...

Para todo esto hacía falta dinero. Antes de la revolución, el escaso presupuesto estatal era prácticamente absorbido por los gastos de mantenimiento de la maquinaria burocrática y pública. Sankara declaró la guerra a los gastos superfluos, se vendieron los coches azules ministeriales, se eliminaron los consumos inútiles de energía y material para oficinas (también en la residencia presidencial las corrientes de aire sustitúan a los acondicionadores) y se suprimieron los lujos de representación oficial (cuando los ministros viajaban al extranjero lo hacían en vuelos económicos y se alojaban en hoteles modestos). Se puso un límite máximo para los sueldos –incluso para el de presidente, muy moderado– y se decidió una contribución voluntaria de los trabajadores públicos, que ganaban

poco, para ayudar a las zonas rurales que vivían en la eterna incertidumbre –vidas dependientes de una gota de lluvia o condenadas por una invasión de langostas.

Se subsanó el balance económico. Con Sankara vivo, Burkina Faso se negó tajantemente a firmar un programa de ajuste estructural con el Fondo Monetario Internacional: «Lo que vosotros pedís, nosotros ya lo hemos hecho por nuestra cuenta. Hemos saneado la economía, no tenéis nada que enseñarnos. Lo que el Fondo Monetario persigue es el control político sobre los países...». Si Sankara consiguió que se aceptara, al menos hasta principios de 1987, este severo plan de austeridad y moralización fue porque él se lo aplicó en primer lugar a sí mismo, además de por su propio carisma. Una sobriedad desconocida en el mundo político de cualquier latitud. ¿Conocéis a otro presidente que viaje en un turismo, que coma dos veces al día, que se abstenga de carne y bebidas multinacionales, comidas refinadas y tabaco, objetos de lujo y grandes sueldos?

La Revolución burkinesa tenía ambiciones internacionales; quería hablarle al mundo. Comenzando desde África. Paladín de la propuesta de no pagar la deuda externa, de campañas por el desarme internacional, de la ayuda recíproca entre países del sur, del rechazo a estrategias imperialistas... el presidente dio su apoyo decidido al lánguido Movimiento de los no Alineados y a los movimientos de liberación, a favor de un nuevo orden mundial. El rechazo de las órdenes afectaba también a las ayudas al desarrollo, muy a menudo «inútiles y empapadas de colonialismo»; solo se pueden aceptar «las ayudas que ayudan a evitar esas ayudas» y no aquellas que «sirven a las empresas del norte y a expertos que ganan en un mes lo que sería suficiente para construir una escuela». Por lo tanto, no hay que extrañarse de que no le quisieran los privilegiados de la cooperación internacional. En 1986, refiriéndose a una de las nuevas ideas de la Revolución burkinesa, el francés Jean-Michel Filori, delegado del Fondo Europeo de Desarrollo en

Burundi, es decir, un moderadísimo representante de la Comisión Económica Europea (CEE) en el pequeño país de África oriental, soltó con resentimiento estas palabras: «*Ce fou de Sankara!*». ¡Este loco de Sankara! Es verdad: he aquí otra forma de definirle en la *jet set* de la así llamada solidaridad internacional.

Pero Sankara tuvo que haber cometido algún error si acabó de esa forma, asesinado por orden de su amigo y *alter ego* Blaise Compaoré, todavía presidente de Burkina Faso, tan astuto él como ingenuo era Sankara. Tuvo que haber cometido errores si ni siquiera sus queridos campesinos se sublevaron en masa contra el asesino durante la fase de violenta represión que siguió al golpe de estado (¡es que los campesinos viven en el campo, alejados de los centros de poder!). Además, la revolución fue interrumpida en el momento justo, a mitad de camino. Sankara había pedido demasiado a los vértices, ya cansados del esfuerzo revolucionario; y mientras tanto, la base rural y popular, los campesinos y las mujeres, todavía no se habían «socializado con la política».

«La muerte de este hombre excepcional es una tragedia para todo África», escribió el sociólogo suizo Jean Ziegler. Y el periodista de Madagascar Sennen Andriamirado comentó: «Sankara ha muerto, un presidente que no era como los otros. Quizás haya sido un accidente de la Historia. Sin embargo, un accidente feliz».

VER ANEXO 1: EL MENSAJE DE THOMAS SANKARA, PÁG. 183.

## Un conjunto de todas las desgracias de los pueblos

*«Mi corazón es como los treinta millones  
de personas que mueren cada año  
abatidas por un arma temible llamada hambre».*

THOMAS SANKARA – 4 de octubre de 1984

«...OS TRAIGO EL SALUDO FRATERO de un país de 274.000 kilómetros cuadrados, donde siete millones de niños y niñas, mujeres y hombres se han negado a morir de hambre, sed e ignorancia. [...] Estoy ante vosotros en nombre de un pueblo que, en la tierra de sus antepasados, ha decidido afirmarse a sí mismo y hacerse cargo de su propia historia sin vacilar, tanto en los aspectos positivos como en los negativos». Así comienza la intervención de Thomas Sankara, presidente de Burkina Faso, el 4 de octubre de 1984, durante la xxxix Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York. Un pequeño estado del África subsahariana, desconocido hasta entonces, se plantea el objetivo de forjar un desarrollo autónomo para salir de la miseria y atraso a los que, como a tantos otros países africanos, le han condenado primero décadas de dominación colonial, antes de conseguir su independencia en 1960, y a partir de esa fecha años de tutela extranjera indirecta. «Hacen falta pocos datos para describir la antigua Alto Volta», sigue Sankara, «un país de siete millones de habitantes, de los que más de seis millones son campesinos; una tasa de mortalidad infantil estimada en un 180‰, una tasa de analfabetismo del 98%, si consideramos alfabetizado a quien sabe leer, escribir y hablar

un idioma; una esperanza de vida media de solo 40 años; un médico por cada 50.000 habitantes y una tasa de asistencia escolar del 16%». Una situación dramática.

Dicho de otra forma, en el país solo hay 4 hospitales y 117 médicos, la mayoría de ellos residentes en las zonas urbanas y en la capital, Ouagadougou. Uno de cada cinco niños muere antes de haber cumplido un año y quien sobrevive tiene delante de sí una expectativa de vida de 44 años.

Sankara no expresa solo el lamento de su propia tierra: «hablo en nombre de millones de seres humanos que viven en *ghettos*, siendo tratados como animales porque tienen la piel negra». Son los años del apartheid en Sudáfrica, de la segregación de millones de personas, de la ilegalización del African National Congress (ANC) y del mantenimiento en prisión, desde 1964, de Nelson Mandela. Sankara se hace portavoz del sufrimiento de los más débiles e indefensos, de los humillados y olvidados. «Hablo en nombre de las poblaciones desheredadas de esos lugares tan despectivamente llamados Tercer Mundo. Hablo en nombre de las mujeres del mundo entero, que sufren bajo un sistema machista que las explota. Hablo en nombre de todos los que han perdido el trabajo, en este sistema estructuralmente injusto, condenados a recibir de la vida solo el reflejo de la de los más acomodados. Hablo en nombre de los artistas –poetas, pintores, escultores, músicos, actores– que ven su propio arte prostituido. Grito en nombre de los periodistas reducidos al silencio o a la mentira. Hablo en nombre de las madres que en nuestros países empobrecidos ven a sus niños morir de malaria o disentería, sin llegar siquiera a conocer los simples medios que la ciencia de las multinacionales les niega, prefiriendo invertir en laboratorios de cosmética y mejorar las operaciones de cirugía estética, satisfaciendo los caprichos de unos pocos hombres y mujeres cuyo encanto está amenazado por los excesos de calorías en sus comidas, tan abundantes y regulares que a los del Sahel nos producen vértigo. Hablo también en nombre de los niños, de ese hijo de

pobres que tiene hambre y mira furtivo la abundancia acumulada en el almacén del rico; el almacén está protegido por una ventana de cristal grueso; la ventana está protegida por barrotes; estos están custodiados por un guardia con casco, guantes y porra». Según el último censo, el 48% de la población de Burkina Faso tiene menos de catorce años. Solo el 3% tiene más de sesenta y cinco. Y son precisamente los niños y las niñas los que más sufren el hambre y la sed, los que caen extenuados al suelo, debilitados a causa de enfermedades y condiciones de vida inhumanas.

«Mi país –sigue Sankara– es un conjunto de todas las desgracias de los pueblos, una síntesis dolorosa de todos los sufrimientos de la humanidad [...]. Mi corazón está con los treinta millones de personas que mueren cada año abatidas por un arma temible llamada hambre. He viajado a lo largo de miles de kilómetros –concluye– para pedir a cada uno de vosotros que nos unamos en un esfuerzo común para acabar con la arrogancia de quien no tiene la razón, que desaparezca el triste espectáculo de niños que mueren de hambre, se destierre la ignorancia, gane la legítima revuelta del pueblo y se callen por fin los truenos de guerra».

Thomas Sankara nació el 21 de diciembre de 1949 en Yako, entre Kaya y Ouahigouya, en el reino mossi de Yatenga, en la parte septentrional de la colonia francesa del Alto Volta que limita con el desierto del Sahara. La madre, Marguerite, era de estirpe mossi, la más importante y numerosa del país. El padre, Joseph, ex soldado colonial que había encontrado trabajo en la gendarmería, pertenecía a la etnia peul. Joseph Sankara sirvió al ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial (incluso fue capturado por los alemanes) y, en los años sucesivos tomó parte en la represión de las revueltas en las colonias de África y Asia. Una vez desmovilizado el ejército, como sucedió a miles de otros ex militares, se convirtió en proletario urbano, viviendo de lo que podía. Una áurea de misterio envuelve a la familia. Parece ser que el abuelo de Sankara, que

trabajaba como criado para un importante príncipe mosi, tomó a su hija como esposa. Los hijos recibieron el apellido Ouédraogo. Thomas Sankara, tercero de diez hijos, volvió a adoptar el apellido del abuelo. A los seis años empezó la escuela primaria en Gaoua y terminó brillantemente sus estudios en el liceo de los misioneros católicos de Bobo-Dioulasso, la segunda ciudad del país. Destacó en lengua francesa y religión, demostrando conocer uno a uno todos los episodios de la Biblia. Tres anécdotas nos revelan la personalidad del niño, que se mostraba siempre extrovertido y amante de los debates, y que no titubeaba al expresar su reprobación cuando su padre levantaba la mano contra su madre.

Con 16 años Sankara ve la bicicleta que el director de la escuela, francés por supuesto, ha regalado a su hijo Patrick en Navidad. Al igual que él, también la ven muchos otros niños. Le pide que le deje dar una vuelta y a cambio le llevará su cartera, pero este se niega. «Habíamos soñado con ella durante meses, nos despertábamos pensando en ella, la dibujábamos», recuerda. Después de inútiles esfuerzos, exasperado, decide coger la bici como sea. A consecuencia de ello, le expulsan de la escuela y encarcelan a su padre.

Otra anécdota de aquellos años: tenían un vecino que estaba casado con dos mujeres. Un día Sankara vio en el umbral de la casa a la primera mujer; el marido la había echado de casa y estaba esperando que volviese a acogerla. La trataba mal porque había tenido solo hijas hembras, al contrario de la segunda, que además era más joven. El niño cogió un trozo de pan de la despensa de su casa y se lo llevó a la pobre mujer que se deshacía en lágrimas. Cuando el vecino se dio cuenta, arremetió contra el padre de Sankara pidiéndole a gritos que propinara una paliza al hijo que le había ofendido.

Finalmente, el 5 de agosto de 1960 se celebró la independencia del país. En el patio del liceo Ouezzin Coulibaly de Bobo-Dioulasso, la bandera francesa fue arriada y sustituida por el tricolor voltense blanco, rojo y negro. Algunos jóvenes fran-

ceses la arrancaron y la quemaron. Guiados por Sankara, los estudiantes voltenses se rebelaron ante el ultraje sufrido, originando la intervención de las fuerzas del orden integradas por policías blancos. Encarcelaron otra vez al padre de Sankara como responsable del comportamiento de su hijo.

En otra ocasión, Joseph Sankara fue encarcelado nuevamente, después de que una de las hijas, intentando coger fruta de un árbol, interrumpiera la siesta de la mujer de su patrón. Sankara comenta: «entiendo que tras una comida opípara quisiera descansar y le fastidiase ser molestada de esa forma, pero nosotros teníamos hambre».

A los 17 años Sankara entra en la École Militaire Préparatoire de Kadiogo, única posibilidad de seguir los estudios para un joven proveniente de una familia no pudiente. En 1970, tras finalizar la escuela militar, le envían a la Académie Militaire de Antsirabe, en Madagascar, país donde se había producido un levantamiento popular; allí le conceden el grado de oficial. El régimen neocolonial de Tsirana, fiel a Francia, se derrumba en 1972, a consecuencia de las protestas de decenas de miles de estudiantes y trabajadores que salen a la calle de Antananarivo, su capital. Por la noche Sankara comenta los acontecimientos con otros militares llegados de toda África. Empieza así su formación política, alimentada también por fer-vientes lecturas. Su novela preferida es *El Conde de Montecristo* de Alejandro Dumas. En este periodo escribe en su diario: «Un militar sin formación política no es más que un criminal en potencia».

Después, Sankara se adiestra en la École de Parachutisme de Pau, en Francia. En cuanto puede va a París, donde se encuentra con otros compatriotas en la librería *Les herbes sauvages*. Tras unos meses le trasladan al Centre Parachutiste de Rabat, en Marruecos, donde establece una estrecha relación con otro oficial voltense, Blaise Compaoré, y donde ve de cerca la miseria del pueblo y el lujo de la clase dirigente. Cuando le dan per-



miso viaja a Caen, en Francia, para encontrarse con su novia, Mariam Serme.

En 1974 estalla un conflicto armado entre Alto Volta y Malí; Sankara regresa a su patria, donde le nombran jefe de una unidad de incursión que resiste durante mucho tiempo a las tropas enemigas. Sustituyen la clásica orden militar «¡Adelante!», por un más generoso «¡Seguidme!». El mismo Sankara recuerda la inutilidad e incoherencia de una guerra entre dos países paupérrimos, ya de por sí bastante afligidos por la sequía: «Si tenemos que combatir, hagámoslo para sobrevivir, conscientemente y por voluntad común, y no para fortalecer las fronteras entre dos pueblos unidos en todo».

Dos años más tarde, gracias a las cualidades demostradas en el campo de batalla, le otorgan el mando de la división de paracaidistas del Centre National d'Éentraînement Comandos de la pequeña ciudad de Pô, al sur del país. Alto Volta se da cuenta de la necesidad absoluta de tener contingentes adiestrados capaces de defender, al menos, las fronteras nacionales. En Pô conoce a Jerry Rawlings, un ambicioso capitán ghanés, con el que entabla una gran amistad. Sankara se encuentra entre los promotores de un programa de acercamiento entre militares y sociedad civil, que establece para los soldados el trabajo con los campesinos en los campos de mijo situados alrededor del cuartel. Durante su tiempo libre toca la guitarra con un grupo de coetáneos y participa en todas las actividades deportivas que se organizan. En 1979 se casa con Mariam y, dos años más tarde, tras el ascenso a capitán, es trasladado a la División Opérationelle de Ouagadougou. En Pô le sustituye Compaoré. Sankara siempre será consciente de la clemencia del destino que le ha permitido sobrevivir en las difíciles condiciones del Alto Volta de los años cincuenta: «La mitad de los niños nacidos el mismo año que yo murieron durante los tres primeros meses de vida. Yo he tenido la suerte de huir de la muerte y de no caer víctima de ninguna de aquellas enfermedades que aquel año hicieron que las defunciones superaran

los nacimientos. Además he sido uno de los 16 niños de cada cien que han tenido la oportunidad de ir a la escuela, otro gran golpe de suerte».

El 20 de enero de 1897, pocos años después de haber derrotado a la resistencia en el Sudán francés (el actual Malí) las tropas francesas, con la ayuda de soldados senegaleses y guerreros wolof y bambara, destituían a Mogho Naba, el emperador mossi de Ouagadougou; era el comienzo de la colonización europea. El miedo invadió la región: incendios de chabolas y campos cultivados, masacres de mujeres y niños indefensos y matanzas de ganado para minar la resistencia de la población local. El imperio mossi, consolidado alrededor del siglo XIV, conseguiría su máxima expansión durante los dos siglos siguientes, resistiendo a todos los ataques sufridos gracias a sus habilidades militares y su cohesión interna. Por otra parte, la fuerte identidad cultural impediría la penetración del Islam. Los mossi, que aún hoy en día constituyen el principal grupo étnico del país, formaban un pueblo de caballeros y guerreros provenientes de Ghana, que había ocupado la cuenca del río Volta alcanzando Tombuctú, la capital del reino de Malí. La unidad imperial estaba constituida por los tres reinos principales, el de Ouagadougou al centro, el de Yatenga al noroeste y el de Tenkedogo al sureste. Cuando se produjo el primer contacto con los franceses se podían contar unas 4.000 aldeas.

Alrededor del siglo XVI, con el comienzo de la deportación de esclavos hacia el continente americano por parte de los europeos, las poblaciones del interior se aislaron para huir de las razias. En la costa, en cambio, crecieron grandes ciudades portuarias desde donde zarpaban hacia América las embarcaciones con las estivas repletas de africanos encadenados.

En el siglo XIX los primeros misioneros y exploradores avanzaron hacia el interior, por el norte desde el Sudán francés y por el sur desde la costa de Dhomey (el actual Benin) y Costa de Marfil. En 1885 el Congreso de Berlín marcó el inicio del reparto de África. Fueron acuñadas locuciones como «misión civili-

zadora» para justificar el sometimiento político y económico del continente. En 1904 los territorios sustraídos al reino mosi fueron integrados en la colonia de Alto Senegal y Níger.

Las continuas revueltas, sobre todo en contra de los impuestos y el reclutamiento militar, empujaron a Francia a crear la colonia de Alto Volta para garantizar un control más estrecho de la región. Era el 1 de marzo de 1919. Fue elegida como capital Ouagadougou, donde tomó posesión un gobernador francés. El país dejó de ser un protectorado y pasó a pertenecer al África Occidental francesa. La mayor riqueza del país, que no tenía materias primas ni cultivos para la exportación, era la mano de obra, utilizada en los estados costeros del sur. En septiembre de 1932, durante la crisis mundial de los años treinta, Alto Volta desapareció de los mapas y fue dividida entre las colonias que le rodeaban. Miles de voltenses fueron obligados a trabajos forzados (abolidos en las colonias francesas en 1946) en las plantaciones y minas de Costa de Marfil, o reclutados para la construcción del ferrocarril que tenía que enlazar Abidján y Níger. Otros fueron utilizados como carne de cañón en las guerras que Francia mantenía en Europa o en otras colonias. También durante la Primera Guerra Mundial África pagó su precio de sangre: dos millones de africanos fueron enrolados, doscientos mil murieron en el campo de batalla. Además de la conspicua contribución en vidas humanas, los recursos minerales fueron importantísimos: hierro, estaño, cobre y zinc. La rendición de Togo, en agosto de 1914, fue la primera victoria de los aliados en el conflicto. Tras el armisticio, Francia desplazó algunos contingentes de africanos para la ocupación de Renania, provocando las palabras de Adolf Hitler, que en *Mein Kampf* habló de un intento de «contaminar con sangre negra» a la población ubicada en las orillas del Reno y esparció el temor de que la región se pudiese convertir en «coto de caza de hordas de negros».

El 4 de septiembre de 1947, tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, Alto Volta se restableció dentro de las fronteras

que había tenido 15 años antes, como territorio ultramarino de la Unión Francesa. La ley orgánica votada en el Parlamento de París en 1956, que preveía una autonomía administrativa para los territorios coloniales, el referéndum promocionado por Charles De Gaulle en 1958 y la revisión constitucional dos años más tarde, abrieron el camino a la independencia. El artículo 86 de la Constitución de 1946 preveía la expulsión de la comunidad franco-africana de los países que hubiesen declarado la independencia; el nuevo artículo 36 suprimió esa medida. El control sobre las posesiones coloniales podía –y debía– ser conservado incluso de forma indirecta,

El 5 de agosto de 1960 Maurice Yaméogo, líder de la Unión Democrática Voltense (UDV), proclamó la independencia y el 22 de septiembre Alto Volta entró a formar parte de la Organización de Naciones Unidas. Francia dejaba un país saqueado, sin una clase dirigente y sin la sólida estructura social de los reinos mossi. Se había extinguido el sistema de uso comunitario de las tierras y se habían creado grandes latifundios en los que los campesinos trabajaban la tierra de los europeos, normalmente durante pocos meses al año. Las primeras medidas de los nuevos gobiernos fueron la ilegalización de los partidos de la oposición, pasando así a la clandestinidad, y el encarcelamiento de sus principales representantes. En cuatro años hubo siete cambios de gobierno y los sindicatos del sector público llenaron el vacío político enfrentándose con éxito y coraje a las medidas represivas del régimen. En un país donde todavía no había fábricas, no existía una clase obrera. Además, el estancamiento económico empujó a muchos trabajadores a emigrar. Anualmente atravesaban la frontera de Costa de Marfil 40.000 personas, aumentando de esta forma, tanto en las plantaciones como en la caótica Abidján –capital del país–, la ya nutrida mano de obra barata. Las remesas de estos emigrantes se convirtieron en linfa vital para la economía voltense, como siempre controlada por la corrupta burocracia gubernamental.

En las elecciones de 1965 el UDV consiguió el 99% de los votos y Yaméogo obtuvo su segundo mandato. La oposición sindical declaró una huelga general para protestar contra los recortes de los sueldos y la congelación salarial y el 3 de enero de 1966 paralizó la capital. Intervino el Ejército, disolviendo la Asamblea Parlamentaria y cesando al presidente. Se formó el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, encabezado por el teniente coronel Sangoulé Lamizana, viejo general de las tropas coloniales francesas, que permaneció en el poder durante catorce años. En los años setenta una terrible sequía afectó a Alto Volta. La población rural corría el riesgo de morir de hambre, ya que las donaciones internacionales se gestionaban de forma deplorable: escándalos, corrupciones del personal encargado de la distribución, favoritismos... Las ayudas alimenticias acababan en el mercado negro, gestionadas por amigos y parientes del grupo parasitario que ejercía el poder. En 1974, la situación empeoró a causa de una disputa fronteriza con Malí, cuyas tropas ocuparon la franja de Agacher, ciento cincuenta kilómetros de tierra poblada por tuareg y bella. El conflicto estalló porque se pensaba que en el subsuelo había recursos minerales. La «guerra de los pobres» acabó pronto gracias, entre otras cosas, a la mediación del gobierno de Togo. El 25 de noviembre de 1980, tras numerosas huelgas y protestas por parte de sindicatos, oposición y un sector del ejército, Lamizana fue destituido tras el enésimo golpe militar, encabezado por el coronel Saye Zerbo. El coste de la vida había subido mucho, los salarios habían perdido su capacidad de adquisición y la represión de la disidencia había sido durísima.

Alto Volta, encajado entre Malí, Níger, Costa de Marfil, Togo, Benin y Ghana, se encuentra en la extremidad meridional del Sahara. La salida al mar más cercana está a unos 800 kilómetros. El territorio, en su mayoría llano, está surcado por los tres brazos del río Volta: el Volta Negro en la parte occidental –el único que tiene un caudal bastante regular– y el Volta Rojo y el Volta Blanco en la parte central, que tienen un caudal torren-

cial. No existen otros ríos, dada su poca altitud media –que ronda los 300 metros–. La cumbre más alta es el monte Ténakourou, en la frontera con Costa de Marfil, que alcanza los 747 metros de altura.

El clima es muy variable. En el norte, por encima del paralelo 13, en la denominada zona saheliana (*sahel* es un término árabe que significa «orilla», «borde» del desierto) las precipitaciones son escasas, entre 250 y 500 milímetros al año, y sopla el *harmattan*, un viento seco causante de la erosión del suelo, generado por las altas presiones que se forman en el desierto. El Sahara, según las cifras proporcionadas por Naciones Unidas, se expande un millón y medio de hectáreas cada año, avanzando inexorablemente hacia el sur siete kilómetros al año, entre otras cosas por culpa de la deforestación y la excesiva explotación agrícola. De hecho, gran parte del humus del altiplano mossi, yace irrecuperable en el fondo del lago de Aksombo, en Ghana, transportado por el río Volta y sus afluentes. En el norte del país, la pequeña ciudad de Dori, en la frontera entre el mundo rural sedentario y el desierto habitado por los tuareg, acogía antaño un rico mercado rodeado de casas de arcilla. Las duras condiciones meteorológicas poco a poco detuvieron el flujo de los comerciantes de los estados limítrofes que traían manufacturas y alimentos a cambio de ganado. La vegetación es muy escasa, inmensas extensiones de gramíneos constituyen la estepa, interrumpida de vez en cuando por algunos pequeños arbustos. En la zona meridional, en cambio, el clima es tropical, con precipitaciones frecuentes pero irregulares, que nunca duran más de un par de horas y con aire húmedo del monzón que llega desde el Golfo de Guinea. Aquí la flora es más rica y visible: acacias, baobab y karité. Se alternan dos estaciones, una seca, entre noviembre y abril, y la otra de lluvias, entre junio y septiembre.

La densidad es aproximadamente de veinte habitantes por kilómetro cuadrado, pero el dato es sumamente variable; en el altiplano central, el Plateau Mossi, alcanza los ochenta habi-

tantes, mientras que en algunos grandes valles, pantanosos y plagados de malaria, en las regiones del norte pobladas por tuareg y peul y en las áridas tierras de la frontera con Malí, la densidad es diez veces menor. En Alto Volta conviven cerca de sesenta etnias diferentes. Las dos principales son la de los mossi –que representa el 48% de la población– y, en los límites fronterizos con Níger, la de los peul –pastores nómadas de sangre mixta cuyo territorio cubre una zona muy amplia, desde Senegal hasta Sudán. Los bobo viven a lo largo de la frontera con Malí; los lobi, un poco más al sur, en las orillas del Volta Negro, más allá del cual comienza Ghana y finalmente, en la parte oriental, residen los gurma. Junto a los peul viven los tuareg y los bella, también ganaderos nómadas. Estos tres grupos étnicos son de religión musulmana. El idioma oficial del país, legado de sesenta años de colonización, es el francés, que se utiliza solo en las dos ciudades principales, mientras que el idioma local más habitual es el moré, hablado por los mossi. La religión más extendida son los cultos animistas, profesados por dos tercios de la población. Cerca del 25% de los voltenses es musulmán, mientras el 10% es católico.

Alto Volta se encuentra en condiciones desastrosas, su economía se basa exclusivamente en una agricultura de subsistencia que depende de la demanda de las ciudades. Los campesinos, más del 85% de la población, producen el mijo y el sorgo que acaba en las mesas de la burguesía comercial y burocrática de Ouagadougou y Bobo-Dioulasso. Los sectores manufacturero e industrial prácticamente no existen. La ganadería es el segundo pilar de la economía voltense, entre ovinos y caprinos se cuentan casi nueve millones de cabezas. En el subsuelo se puede encontrar manganeso, fosfato, bauxita, plomo y níquel. El 60% del territorio es improductivo, predominando los terrenos ferruginosos, totalmente inapropiados para la vegetación. Solo se cultiva el 18% de la tierra, el 14% son pastos y el 8% bosque.

En los años setenta se asiste al fenómeno del abandono del campo y a una caótica urbanización, debida a la huida de las zonas rurales cada vez más empobrecidas. Aún así, en las áreas urbanas vive menos del 10% de la población. Cada vez son mayores las importaciones de bienes de primera necesidad y se asiste a un considerable aumento de las ayudas exteriores, en un porcentaje que se estabiliza alrededor de un 20% del escaso PIB del país. La tremenda sequía de 1974 asesta un duro golpe al, ya de por sí castigado, sector agrícola. El crecimiento demográfico, el persistente degrado ambiental y la disminución de la productividad por hectárea llevan a intensificar los cultivos, reducir los tiempos de barbecho y explotar los terrenos al límite. El abono natural de los animales no es suficiente. Se aumentan sin medida las superficies de cultivo llegando a utilizarse incluso terrenos considerados marginales. El fenómeno de la deforestación, debido a la creciente urbanización y al aumento de la demanda de combustible y leña para construir nuevas viviendas, contribuye al deterioro de una situación ya extremadamente precaria. El corte indiscriminado de árboles produce también la desaparición del bosque y de los frutos que constituían parte integrante de la alimentación.

Paralelamente se verifica una disminución de la edad de los matrimonios y el progresivo abandono de costumbres que limitaban el crecimiento demográfico. Entre los mossi, por ejemplo, como en otras culturas tradicionales africanas, las mujeres que dan pecho no tienen vida sexual hasta el destete del bebé, alrededor de los tres años, cuando los dientes y la capacidad de hablar y andar son la señal de la voluntad del niño de entrar en el mundo de los vivos. Esta práctica está cada vez más en desuso en las zonas rurales y las mujeres tienen a menudo un hijo cada año, para disponer de una ayuda en el duro trabajo del campo.

Por tanto, no resulta difícil entender por qué, en su discurso a las Naciones Unidas, Sankara define su propio país como «el conjunto de todas las desgracias de los pueblos, una



síntesis dolorosa de todos los sufrimientos de la humanidad». Otros indicadores, proporcionados por los organismos internacionales, muestran un nivel *per cápita* del PIB de alrededor de 150 dólares al año, una disponibilidad diaria de menos de dos mil calorías por persona y el dato de que las tres cuartas partes de la población no tiene acceso al agua potable.

Sankara hace su aparición en la escena política nacional en 1981, cuando el presidente Saye Zerbo, con el fin de intentar dar prestigio a una política que se había caracterizado por las luchas internas y la corrupción, le ofrece el cargo de secretario de Estado para la Información, dentro de su propio gobierno militar. Con él están también sus amigos Compaoré y Henri Zongo, a los que había conocido en las academias militares, y a los que se puede considerar los exponentes más brillantes de la nueva generación de jóvenes oficiales formados tras la independencia. Sankara, que había aceptado el cargo tras muchas dudas, se presenta a la primera reunión en bicicleta, para demostrar en primera persona que es posible renunciar a los privilegios y las dietas ministeriales, ya que la gente en la calle y en el campo se encuentra en apuros. Quien gobierna tiene que «vivir con el pueblo», no a sus espaldas. El sueño de todos era llegar a tener un cargo en el gobierno, ya que de esta forma podían acceder a los escasos recursos del país. Se respeta la libertad de prensa e información, los periódicos pueden asumir posiciones críticas hacia el Gobierno y gozar sin miedo de este derecho, que deja de ser una amable concesión otorgada por quien detenta el poder, como lo había sido hasta entonces. La corrupción, sin embargo, no disminuye; los escándalos financieros minan los cimientos de la débil economía voltense.

Contemporáneamente el Gobierno anula el derecho a huelga y disuelve la Confederación Sindical Voltense (csv), la más importante del país. Su secretario, Soumane Touré, es encarcelado. Sankara dimite, en evidente desacuerdo con la política del Gobierno. En directo, en televisión explica el porqué de

su gesto: «No puedo contribuir a servir los intereses de una minoría». Dos hechos concretos marcaron la irremediable ruptura: había desaparecido el dinero enviado por una ONG holandesa para la construcción de un pantano, mientras que un convoy entero de alimentos no había sido distribuido entre la población, sino entre funcionarios del Gobierno, ministros y sus parientes. Detienen y encarcelan a Sankara en Dédougou, donde le espera un tribunal militar.

El 7 de noviembre de 1982 es derrocado el régimen de Saye Zerbo y eligen presidente al oficial Jean-Baptiste Ouédraogo, un médico de pediatría del hospital de Ouagadougou. Es el cuarto golpe de estado en poco más de veinte años. Por primera vez en la África francófona se ha producido un levantamiento militar organizado por suboficiales. Se constituye un Consejo de Salvación del Pueblo (CSP) formado por militares. Sankara recupera su libertad y es elegido jefe de gobierno. Otros tres miembros del grupo que gravita a su alrededor, Jean-Baptiste Lingani, Compaoré y Zongo, entran a formar parte del poder ejecutivo.

En el discurso de investidura, el 1 de febrero de 1983, Sankara precisa cuál será el código de conducta de sus ministros: «Fuerza de carácter, valentía, dedicación al trabajo, integridad y honestidad». En su intervención repite la palabra «pueblo» 59 veces. El nuevo jefe del gobierno se compromete a respetar la dignidad, los intereses y la libertad. «La inspiración me la dará el pueblo y mi fuerza emanará de él», afirma. Las primeras medidas que adopta son: la liberación de seis personalidades encarceladas el 25 de noviembre de 1980 en ocasión del golpe que había cesado a Lamizana, la elección de técnicos para el Gobierno y la reducción de las indemnidades a los funcionarios estatales y a los militares. Se denunciará por la radio a todo aquel que sea sorprendido en el bar durante las horas de trabajo, y los ministros y altos funcionarios responderán cada martes por la tarde, en una retransmisión radiofónica, a las preguntas que la gente haga desde sus casas.

«Es inadmisibles que haya políticos dueños de quince villas, que alquilan a alto precio a embajadores extranjeros, cuando a 15 kilómetros de Ouagadougou la gente no tiene medios suficientes ni para comprar una caja de nivaquina para curar la malaria». Nivaquina que, en realidad, no sirve para curar la malaria, sino simplemente para aliviar momentáneamente la fiebre.

Comienza una dura lucha en contra de los privilegios. Cuando el Mogho Naba se niega a pagar el recibo de la luz y el agua, le cortan el suministro eléctrico y el palacio de la corte mossi de Ouagadougou se queda incluso sin agua corriente. Empieza un proceso de democratización interna de las Fuerzas Armadas, siguiendo el ejemplo del Ghana de Rawlings, en el poder desde hace pocos años. A los soldados se les enseña no solo a ser una fuerza coercitiva sino un elemento de tracción hacia la estabilidad política. Se imprime la revista *L'armée du peuple* que se convierte en una especie de órgano informativo del Ejército. El encuadre ideológico no interesa a Sankara, quien declara: «me estimula la ardiente voluntad de reconstruir la sociedad voltense sobre cimientos diferentes».

El 7 de marzo en Nueva Delhi se abren las puertas de la VII Conferencia de los Países no Alineados. Sankara, en el discurso realizado en sesión plenaria, insiste en la necesidad de que los países liberados de la colonización no se alineen con ninguno de los dos bloques; de hecho, la no alineación es la condición para conservar «autonomía de decisión y para evitar las ingerencias externas en nuestros asuntos». Al final de la intervención, Fidel Castro, líder de la Revolución cubana, el etíope Hailè Menghistu, el primer ministro de Grenada Maurice Bishop y el mozambiqueño Samora Machel expresan su satisfacción por sus palabras. El 26 de marzo, ante varios miles de personas reunidas en una plaza de Ouagadougou, Sankara explica la política que llevará a cabo su gobierno.

«¿Quiénes son los enemigos del pueblo? –se pregunta–. En el interior del país, son aquellos que han obtenido ilícitamente

te ventaja de su propia posición social y la han aprovechado para enriquecerse». Responden a los intereses de las empresas extranjeras, empeñadas en acumular beneficios e inversiones, sosteniendo que es por el bien del Alto Volta. Del mismo modo dirige el dedo contra la burguesía que se lucra con el precio de los bienes de primera necesidad, contra los políticos que se presentan delante de los electores solo cuando se vota y contra los que quieren conservar los privilegios seculares dictados por la tradición. «Estos son los enemigos del pueblo» puntualiza Sankara.

No obstante, las amenazas hacia un pequeño país agrícola como Alto Volta llegan también del exterior y se pueden concretar «en el neocolonialismo y en el imperialismo», que intervienen pacíficamente al inicio, «sembrando confusión en la población. Los periódicos y la televisión hablan de un país en guerra donde la sangre corre a raudales. El imperialismo –continúa Sankara con ironía– es un mal estudiante que aunque le expulsen de clase, vuelve». Es necesario combatir el intento de asimilación cultural y la desinformación. En una segunda fase el imperialismo utiliza métodos violentos, desembarcando tropas en los países que no se someten a sus imposiciones y no dudando en asesinar a los líderes africanos incómodos, como sucedió con Patrice Lumumba en Congo y con Amílcar Cabral en Guinea Bissau. «Ouagadougou será su *«bolivana»*, el fin de sus aspiraciones de conquista». *«Bolivana»* significa «fin del camino» en una de las lenguas autóctonas.

Sankara deja claro también cuál iba a ser el papel de los militares. Tras la purga de todos los elementos corruptos que se han apropiado indebidamente de fondos estatales, las Fuerzas Armadas serán «el Ejército del pueblo», y este tendrá que vigilar su actuación. La campaña de depuración moral abarcará a todas las esferas de decisión y se pondrá freno al saqueo de recursos naturales. «Nos acusan de querer realizar algunas nacionalizaciones» explica Sankara exponiendo lo que sucede desde hace años en Alto Volta. Algunas personas, ciudadanos

voltenses o extranjeros, con la ayuda del Gobierno, ponen en marcha una empresa con el pretexto de crear nuevos puestos de trabajo y contribuir al desarrollo económico del país. Más tarde, pasados algunos años, anuncian recortes estructurales para adecuarse a las nuevas condiciones. «¡A esto nosotros decimos que no!».

«Nuestros enemigos» continua Sankara, «dicen incluso que nosotros somos rojos, o sea, comunistas. Esto nos da un poco de confianza porque demuestra que no tienen argumentos y que no saben qué decir, ni qué hacer». Otra acusación es la de limitar la libertad de expresión y los derechos civiles. La respuesta es clara y simple: «No nos interesa si el comunismo es bueno o malo. Solo nos interesa explicaros las acciones concretas que tenemos intención de abordar con y para vosotros, sin que nos importe la etiqueta que nos pongan». El pueblo y sus aspiraciones de libertad y justicia, sofocadas durante décadas por la mala gestión del patrimonio público, tienen que estar en el centro de la política nacional. Una minoría acapara casi todos los recursos, dejando las sobras y las migas a la mayoría, sobre todo en las zonas rurales, donde la gente vive haciendo equilibrios entre la pobreza y la miseria. El 15 de mayo en Bobo-Dioulasso las palabras son las mismas, así como el entusiasmo de las masas. La posición progresista del primer ministro no le gusta al ala conservadora del Gobierno; las dos tendencias dentro del Ejército son incompatibles. La visita a Ouagadougou de Muammar Gaddafi, que devuelve la visita hecha por Sankara a Trípoli en febrero, es la chispa que hace estallar el enésimo golpe de estado. El 17 de mayo de 1983 el jefe de estado mayor, el coronel Yorian Gabriel Somé, procede al arresto de Sankara, que es trasladado a un cuartel de Thiou, a pocos kilómetros de Ouagadougou. Corren la misma suerte Lingani, secretario general del CSP, Zongo, encerrado en el campo militar de Dori, y sus principales colaboradores. El único que consigue huir es Compaoré, que se refugia en la fortaleza de Pô. Ouédraogo continúa en su puesto. La noche anterior,

después de que en la frontera con Alto Volta se registrasen maniobras militares conjuntas entre tropas francesas y el ejército de Togo, había llegado a Ouagadougou Guy Penne, consejero para asuntos africanos del presidente francés François Mitterrand, y asiste a las operaciones militares de los golpistas desde el *hall* del hotel Silmandè. Los acuerdos de cooperación económica, sanitaria y militar con Libia habían traído al país, además del regalo de treinta mil toneladas de cemento para la industria constructora voltense, tres mil millones y medio de francos CFA (la moneda utilizada en toda África occidental de lengua francesa). Una miseria, comparado con los 21 mil millones de préstamo inmediato pactados con Francia.

Las calles de Ouagadougou se llenan de estudiantes universitarios y de secundaria, trabajadores, parados y vendedores ambulantes que piden la excarcelación de Sankara. Ouédraogo se ve obligado por la movilización popular, en la que toman parte niños e incluso las prostitutas de Zagoera y Bilbambili, a dejar en libertad a los presos políticos, anunciar la disolución del CSP y prometer una nueva constitución. A finales de mes, en un intento de escaparse del cerco del Ejército que presiona para acceder a las esferas del poder, Ouédraogo decide liberar a todos sus predecesores, Yaméogo, Lamizana y Saye Zerbo. El mismo día también salen de la cárcel Sankara e Lingani y son relegados al arresto domiciliario. Durante los dos meses siguientes se reafirma la hipótesis de una destitución de Ouédraogo por parte del ala conservadora del Ejército encabezada por Somé, que posteriormente se encargaría de eliminar a Sankara y sus hombres y marchar hacia Pô, obligando de esta forma a que se rindiesen las últimas fuerzas enemigas atrincheradas allí.

El 4 de agosto, víspera de la fiesta nacional en la que se recuerda la independencia conseguida en 1960, doscientos cincuenta soldados del comando de paracaidistas de Pô toman la capital. El Palacio de la Presidencia, la Radiotelevisión y la Gendarmería, los tres puntos neurálgicos del poder, caen rápida-

mente en manos de los insurrectos. Para transportar a las tropas utilizan camiones y vehículos de una empresa canadiense que estaba realizando un proyecto de cooperación económica. El convoy de militares vestidos de paisano, había fingido ser una comitiva que iba a los festejos de Ouagadougou a cantar sus canciones acompañadas por instrumentos musicales. La acción, preparada de acuerdo con Sankara, la lleva a cabo Campaoré, que es acogido por millares de estudiantes y trabajadores. Toman el control de Ouagadougou inmediatamente, mientras que en las otras regiones las fuerzas gubernamentales resisten solo unas pocas horas. A las diez de la noche, por radio, Sankara habla a la nación: «Pueblo de Alto Volta, os habla el capitán Thomas Sankara, [...] el Ejército se ha visto obligado de nuevo a intervenir en cuestiones de estado para restablecer la soberanía, la libertad del país y la dignidad del pueblo». El objetivo es acabar con la alianza de las fuerzas reaccionarias, que «no saben hacer otra cosa que no sea salvaguardar los intereses de los enemigos del pueblo, los intereses de la dominación extranjera y el neocolonialismo». Los militares que toman el poder son todos muy jóvenes, han estudiado y se han formado en el extranjero, tienen el firme propósito de cambiar la situación de Alto Volta. Se definen como «soldados patriotas y progresistas». Acusa al Gobierno anterior con expresiones muy crudas: «Hemos decidido acabar con un régimen impopular, un régimen rastrero» proclama Sankara. Las últimas palabras, que estarán siempre presentes en sus próximos discursos, anuncian la tarea a la que el país tiene que enfrentarse: «*La Patrie ou la mort, nous vaincrons*» («Patria o muerte, venceremos»). Al día siguiente la gente sale a la calle, manifestando su total apoyo a los hombres guiados por Sankara, considerado como la persona adecuada para cambiar la estructura social del país. Es la primera vez que, tras un golpe de estado, los golpistas se mueven por la ciudad con *jeep* descubiertos, invitando a la gente a unirse a ellos. Con la Revolución de agosto, Alto Volta comienza un nuevo capítulo. Un viento de

esperanza sopla entre las dunas del Sahel; en uno de los países más pobres del planeta (según los datos del Banco Mundial entre los últimos cinco) se intenta construir una sociedad diferente. Las palabras de Sankara son al mismo tiempo simples y ambiciosas: «Nuestra revolución es y tiene que ser la acción colectiva de los revolucionarios para transformar la realidad y mejorar en lo concreto la situación de las masas de nuestro país. Nuestra revolución tendrá éxito solo si, mirando detrás, alrededor y delante de nosotros, podemos decir que gracias a la revolución la gente es un poco más feliz porque tiene agua potable, una alimentación suficiente, acceso a un sistema sanitario y educativo; porque vive en moradas decentes, se viste mejor, tiene derecho al tiempo libre y puede gozar de mayor libertad, más democracia y más dignidad».